

Cosecha azul

La formación de dos intelectuales de la Revolución nacional (1931-1936)

Ferran Gallego

ferran.gmargalef@gmail.com

I

Aunque una parte mayoritaria de la investigación se ha dirigido al examen de los Estados fascistas y de las sociedades controladas por ellos –y, en especial, al periodo de máxima radicalización del nacionalsocialismo durante la guerra mundial–, nuestra perspectiva del proceso de fascistización se ha modificado en varios sentidos. Por señalar los más importantes, los que se refieren al paso de los partidos fascistas a movimientos nacionales, vertebradores del conjunto del espacio contrarrevolucionario ya antes de la captura del poder, y los que apuntan a la importancia comparativa de lo que, hasta fechas aún muy cercanas, podían contemplarse como «fascismos periféricos». Frente a la vieja distinción entre un fascismo previo a la conquista del poder y un fascismo institucionalizado, que atribuía al primero la calidad de una fase «revolucionaria», encauzada en políticas de compromiso con sectores reaccionarios una vez capturado el Estado, resulta más útil considerar la conquista de la hegemonía del fascismo en el campo de la contrarrevolución. Algo que supone aproximarse a un proceso de constitución bastante más complejo que la expansión en influencia social o en votos de un inmutable fascismo fundacional. Ver en la síntesis fascista el resultado de un largo periodo de lucha por la hegemonía supone aceptar que, junto a los elementos de continuidad ideológica, doctrinal y de liderazgo, se encuentran los cambios que implicó un inmenso proceso de integración para construir un movimiento nacional popular en el que se sintieran representados muchos de los sectores que no apostaron por los pequeños partidos fascistas en los momentos iniciales de la primera posguerra mundial.¹

1. No es preciso repasar aquí la trayectoria de la historiografía dedicada al fascismo español y su mayor o menor relación con el fascismo europeo. Puede consultarse, a este respecto, Ferran GALLEGU y Francisco MORENTE: «The peculiarities of Spanish Fascism», en ÍD.: *The Last Survivor*.

Los dos aspectos principales de esta nueva apreciación de la experiencia fascista –el proceso de fascistización o de conversión del partido fascista en movimiento nacional, y la importancia prestada a los «fascismos periféricos», los «parafascismos» o los movimientos y regímenes «fascistizados»– prestan un reforzado interés al análisis del fascismo español. La trayectoria del nacionalsindicalismo ofrece asuntos de gran relevancia: las relaciones entre el partido fascista y una muy diversa extrema derecha; la lucha por la hegemonía en la construcción de un gran proyecto político contrarrevolucionario; el escenario de quiebra de un régimen republicano reciente, con la guerra civil como vía específica de conquista del poder y de exterminio de la oposición política a los valores del «nuevo Estado». Factores a los que podrían sumarse otros no menos destacados para reflexionar sobre el modo en que el falangismo logró pasar de una situación minoritaria a hacerse con la construcción simbólica y política del régimen salido de la Guerra Civil. Unas condiciones que hacen de la posición del nacionalsindicalismo durante la Segunda República cualquier cosa menos algo «insignificante».

La aproximación biográfica a la experiencia del fascismo español tiene, en estas condiciones, un valor que va más allá de una interesante crónica de personalidades relacionadas con su tiempo de vida social. Es obvio que acercarse a la evolución de cualquiera de los fundadores y dirigentes del jonsismo y el falangismo iniciales nos interpela con las complejas circunstancias de su muy distinta formación. Pero, además, esta perspectiva tiene un contundente valor analógico. Si vemos en el fascismo su calidad de proceso, su carácter de dinámica constituyente que va modificando su poder representativo gracias a su capacidad de sintetizar procedencias y situaciones heterogéneas al construirse como movimiento nacional totalitario, esta visión biográfica nos proporciona una imagen clara del fascismo como algo que «llega a ser», como movimiento social, como proyecto político y como doctrina. Este «hacerse» del fascismo, esta visión del fascismo como resultado de una etapa de fascistización, brota también del examen de las peripecias intelectuales de sus organizadores y dirigentes, de quienes acabaron encarnándolo incluso en la mística de una legitimidad carismática y en la simbología de una veneración al líder caído, al mártir de la causa. En tales identificaciones se produce, no obstante, el rechazo de una incómoda complejidad evolutiva, pues el jefe carismático enviado por la Providencia o el guía espiritual y político del resurgimiento de la patria no puede verse más que de una sola pieza, lejano a todo proceso formativo de una personalidad y ajeno a las vacilaciones de un periodo de formación.

Cultural and Social Projects Underlying Spanish Fascism, 1931-1975, Brighton, Sussex Academic Press, 2017, pp. 1-35. Por evidentes motivos de limitación de espacio, he reducido las referencias bibliográficas a lo indispensable por alusiones directas en texto. Las referencias no expresadas aquí, pero que recorren el fondo de esta reflexión, pueden hallarse en Ferran GALLEGÓ: *El evangelio fascista. La formación de la cultura política del franquismo (1930-1950)*, Barcelona, Crítica, 2014.

El falangismo –es decir, aquella parte del fascismo español constituido en el partido y la doctrina falangistas– adquirió la hegemonía en la crisis española de los años treinta culminada y resuelta en la Guerra Civil. Lo hizo por diversas zonas de congruencia con el escenario de radicalización contrarrevolucionaria de aquella etapa: militarización de la política, aspiraciones totalitarias generalizadas en la derecha, posesión de una opción caudillista, llena de mística juvenil, de estilo y lenguaje rupturista, justiciero y populista, entronque con una movilización paralela en el nacionalismo europeo, distinción con respecto a las diversas opciones fracasadas de la derecha parlamentaria y poder unificador y modernidad del que carecían otros movimientos radicales de base social relativamente amplia, como el carlismo. Lo logró, además, por factores de carácter cultural y político: impulso de la síntesis entre tradición y modernidad, entre españolismo católico y nacionalismo fascista, entre clasicismo propio del falangismo fundacional y el romanticismo más cercano a las opciones jonsistas, entre el elitismo receloso del protagonismo de las masas y la apuesta por un partido de vanguardia que las liderara. Todos estos factores correspondieron a un ciclo de formación que se desarrollaba al calor de la propia dinámica de la crisis española de los años treinta, algo que incluía no solo la reagrupación de fuerzas de la derecha tras el 14 de abril, sino también la percepción de riesgo revolucionario, de decadencia definitiva de la nación o de destrucción de un modo de existencia a manos de la anti-España, un temor que fue tomando cada vez más fuerza y fue radicalizando hacia sectores crecientes del mundo conservador y católico español. A estos sectores, el jonsismo y el falangismo les ofreció un proyecto político y, de hecho, un modo de organización completa de la existencia social que fue formándose en relación estrecha con el ritmo y las circunstancias concretas de esta radicalización antirrepublicana. Entre las ofertas aisladas del primer jonsismo y la capacidad de liderazgo, integración y representatividad del falangismo de la Guerra Civil existe una modificación del escenario y una no menos importante mutación en la propia oferta del partido fascista, en su plena disponibilidad para convertirse en un movimiento nacional de masas. La singularidad española no consistió en la realización de ese desplazamiento o esa consumación, sino en las condiciones concretas en que se produjo la conquista y la organización del poder. Como en todas partes, las circunstancias de oportunidad y congruencia con el marco de la crisis –la organización de la violencia de masas, fundamentalmente– tuvieron que verse reforzadas por la construcción de un proyecto político y cultural, elaborado para adquirir, al mismo tiempo, identidad propia y capacidad de encuentro con las diversas expresiones de la contrarrevolución.

II

Ramiro Ledesma Ramos y José Antonio Primo de Rivera han sido presentados siempre como los elementos polares de un fascismo que pareció constituirse por agregación de dos impulsos políticos y dos bases ideológicas distintas. No me parece que ninguno de los dos encarne de forma tan depurada lo que se supone que simbolizan. Primo de Rivera guardaba una relación con el fascismo lo bastante sesgada como para hacer de su mensaje algo de naturaleza opuesta a las experiencias europeas de su tiempo, aunque coincidiera con ellas en algunos aspectos que pueden observarse, como servidumbres contingentes al prestigio del régimen mussoliniano o del nacionalsocialismo alemán. Tampoco parece que Ledesma Ramos fuera el fascista ortodoxo de primera hora, el «sansepulcrista» radical cuya oposición a la deriva reaccionaria de los dirigentes de Falange le llevaran a ser ángel custodio de la revolución nacionalsindicalista frente a la oxidación joseantoniana y la subsiguiente degeneración franquista. Como ocurre con el propio movimiento, la trayectoria de estos personajes ofrece una silueta menos tajante. Ellos expresan, en el propio desarrollo de su compromiso político, adaptaciones que son algo más que concesiones tácticas o ajustes a las correlaciones de fuerzas existentes, para manifestarse como madurez progresiva de un esfuerzo de unificación nacionalista.

La heterogeneidad de los teóricos y gestores de los movimientos fascistas fue lo habitual y, además, lo más práctico y prometedor en el proceso de fascistización y en la construcción de los Estados fascistas en Europa. Esta diferenciación no obedecía solamente a discrepancias ideológicas, sino que se basaba en los mismos procesos de radicalización nacionalista que se produjeron tras la Gran Guerra. La llegada al fascismo en uno u otro momento, o procediendo de uno u otro ámbito de experiencia social, accediendo a ese movimiento unificador en representación directa de diversos valores, tradiciones, sectores sociales en proceso de fascistización, determinó que el proyecto político basara su eficacia integradora y su capacidad de representar política y simbólicamente a la totalidad de la nación precisamente en esas diferencias perceptibles.

A los partidos iniciales unificados a comienzos de 1934 en Falange Española de las JONS no acudió una parte considerable de aquellos intelectuales que se incorporaron al movimiento en su fase de madurez plena, al inicio de la Guerra Civil. La muerte de los fundadores entregó la preservación e interpretación de la doctrina nacionalsindicalista a quienes, con muy contadas excepciones, empezaron su militancia con el estallido de la guerra: salvando a Sánchez Mazas y a Ernesto Giménez Caballero, ningún camisa vieja podía aspirar a la relevancia que habían tenido Ledesma, Primo de Rivera u Onésimo Redondo en la elaboración del pensamiento fascista español. Además, se trataba de personas muy jóvenes, incluso en comparación con la precocidad política de otros dirigentes fascistas europeos. Ledesma y Redondo tenían veintiséis años cuando se

proclamó la República, y treinta y uno cuando perdieron la vida. Primo de Rivera era solo dos años mayor. Eran personas con una escasa experiencia pública, lo que dio a su compromiso de partido una extraordinaria brevedad, que prácticamente coincidió con la duración del régimen republicano antes de la guerra. Los años de fascistización coincidieron con ese corto tiempo de formación y maduración personal de quienes dieron cuerpo ideológico fundacional y evolución de una propuesta política al nacionalsindicalismo. Y ni siquiera todos iniciaron esa trayectoria al advenir el régimen republicano. En esa falta de coincidencia existe también un elemento significativo, que alimentará una de las cuestiones en las que menos hincapié se ha hecho: el duro pragmatismo de Ledesma, como si le obsesionara escapar del fracaso de su propuesta jonsista en 1931, y la indudable resistencia de Primo de Rivera a superar la fase puramente estética, estilística, ajena al análisis de fuerzas y compromisos de la Falange Española de 1933. Estos dirigentes eran intelectuales orgánicos del partido. Su labor teórica se vinculó, desde la creación de las JONS, primero, y de Falange Española, después, a la consolidación de su movimiento: fue un trabajo determinado por las necesidades inmediatas del partido, aunque Ledesma dispusiera de los antecedentes de un intenso esfuerzo creador antes de la fundación de *La Conquista del Estado* –que completaría en 1935 con dos libros fundamentales tras el abandono de FE de las JONS–, y a pesar de que Primo de Rivera tratara de dar a sus intervenciones políticas el empaque de un análisis general de los problemas de España y de las tareas de una nueva generación nacionalista. Más allá de este carácter de la actividad teórica de estos dirigentes, es importante señalar que tal limitación no impidió, sino que puso en un lugar privilegiado de la elaboración política, algunos de los temas fundamentales de la propuesta ideológica del fascismo español, incluyendo las tensiones que pueden verse entre actitudes doctrinales y formas de enfocar una crisis de civilización.

La síntesis fascista se realizó, precisamente, sobre la base de esta conflictividad de perspectivas ajustadas a la necesidad de construir un solo proyecto político: el clasicismo joseantoniano frente al romanticismo de Ledesma; el españolismo/imperialismo del círculo inicial de Falange frente al nacionalismo proyectivo de las JONS; el catolicismo integral del entorno de Primo de Rivera frente al laicismo de Ledesma, la genealogía nacionalista de Redondo, que veía en Menéndez Pelayo al padre del nuevo nacionalismo español, frente a la herencia de las generaciones del 98 y del 14, que aparecen como clara influencia tanto en Ledesma como en Primo de Rivera; el concepto diferenciado de la violencia en su teorización por el jonsismo o en la mística de la *Oración por los caídos* de Sánchez Mazas; la visión del movimiento como partido o como «una forma de ser», lo que estaba muy lejos de ser algo puramente retórico, porque terminaba por decidir prioridades de orden táctico y estratégico; la proximidad al catolicismo populista de masas o al nacionalismo autoritario nacido en el alfonsismo en el momento de diseñar un esbozo de la política de alianzas y de la concreción del proceso de fascistización

en la formación del Frente Nacional; el carácter de la «revolución española», de la «revolución pendiente», presentada como superación de un liberalismo anacrónico en el caso de Ledesma o como rechazo de las propias raíces del pensamiento liberal, en claro enlace con la crítica tradicionalista y católica de la crisis iniciada en la cultura cristiana con la aparición de la Reforma protestante, como lo planteó Primo de Rivera. Todas estas cuestiones, y algunas otras, decisivas para impulsar lo que habría de convertirse en la base doctrinal del fascismo español, aparecían expuestas de este modo, como incorporaciones sucesivas, profundización personal o esfuerzos por tender aspectos esenciales de la propia formación hacia el proyecto político que estaba vertebrando la contrarrevolución europea. El encaje del catolicismo y de la idea de imperio en la madurez del singular fascismo español sería uno de los aspectos fundamentales para que la síntesis doctrinal falangista pudiera actuar como instrumento representativo del conjunto de la contrarrevolución española y vector para obtener la hegemonía en la insurrección nacionalista de 1936.

III

Si el fascismo español tiene una reputación determinada –un grupo marginal, de jóvenes patriotas revolucionarios, ajenos a la derecha y a la izquierda, condenados a la insignificancia por su incongruencia en el escenario político republicano–, obtenida en buena medida tanto por la propia idealización falangista de posguerra como por las posiciones iniciales de la historiografía, Ramiro Ledesma Ramos dispone también de su propia leyenda. Una mitificación basada en algunos rasgos certeros, pero que deforma el balance final de su trayectoria y de su personalidad políticas. El patriota laico, el revolucionario nacional-sindicalista, el personaje que trató de mantener la pureza del jonsismo al margen de la contaminación conservadora de Falange y que acabó por reducir a cenizas su propia posición por el afán de recuperar la esencia revolucionaria de las JONS, tiene una biografía política que debe matizar estas apreciaciones.

Lo que le corresponde, desde luego, es la primogenitura del fascismo español, incluso en comparación con un Giménez Caballero que nunca se mostró capaz de esquivar su propia fascinación por una visión estética de este proyecto, una inclinación que le llevaría a romper muy pronto con *La Conquista del Estado*. El Ramiro Ledesma que funda el semanario, solo un mes antes de la proclamación de la República, llega al término de una primera etapa de su formación intelectual, tras haber publicado una novela a los dieciocho años, escrito un ensayo sobre *Don Quijote* a los diecinueve y haberse incorporado al elenco de colaboradores de *La Revista de Occidente* y de la *Gaceta Literaria* desde los veintitrés. El actualismo, nihilismo y exaltación de la juventud del siglo XX de sus divagaciones literarias iniciales había ido asentándose en una perspicaz atención a las novedades

filosóficas de su tiempo, en especial a la fenomenología, factor al que unió una no menos sugerente lectura de las posibilidades de un catolicismo renovado como fuerza de cohesión social y política, aunque agotado en las posibilidades de la neoescolástica para hacer frente a las nuevas corrientes de la ciencia y de la filosofía. La decisión de dedicarse enteramente a la política tuvo que ver con la coyuntura de cambio de régimen y con las oportunidades para un relevo de elites que esta circunstancia parecía propiciar. Un Ledesma que se había abierto paso por las tertulias y las publicaciones madrileñas y que siempre había sido ajeno a los círculos del poder, solo podía contar con que la crisis de la monarquía actuara como el Gran Acontecimiento del que España había prescindido década y media atrás, al permanecer neutral durante la Guerra Mundial. A sus veintiséis años, el zamorano lo apostaba todo a la posibilidad de que la crisis de la Restauración pudiera abrir una fase de propuestas legitimadas por su novedad radical y por su empeño en superar el viejo liberalismo: el llamamiento a la juventud como sujeto histórico de la revolución hispana era, al mismo tiempo, una figura simbólica y una propuesta real, que se insertaba en los llamamientos generacionales activados desde fin de siglo.

La Conquista del Estado fue una empresa caracterizada por el eclecticismo de lo nuevo que caracterizó a tantos intelectuales de la primera posguerra mundial. La legitimación era la ruptura con el orden: pero esta escisión contaba con un adversario principal: el liberalismo. La exaltación de la Revolución rusa y la Revolución fascista al mismo tiempo no puede ni siquiera confundirse –como ha llegado a hacerse en el caso de Ledesma– con posiciones próximas al nacionalbolchevismo alemán. Tiene mucha mayor relación con un principio restaurador de fondo, que restablece un mundo jerárquico, ordenado, superador del caos, la ineficiencia, el relativismo, el positivismo y el individualismo liberales. Lo que fascinaba a los redactores de *La Conquista del Estado* no eran los Planes Quinquenales como etapa de construcción del socialismo proletario, sino precisamente lo que tenía el sistema soviético estalinista de quiebra del marxismo: la autoridad, el principio nacional e imperial, la voluntad de las grandes personalidades, el poder de una elite revolucionaria plenamente inserta en el ciclo de la historia que se abrió con la Gran Guerra. Desde el primer editorial del semanario, Ledesma planteó con claridad cómo debía entenderse la contradicción fundamental de la crisis de legitimidad vivida en España: a un lado, la «vieja España liberal agotada»; al otro, «la España joven, nacida ya en el siglo XX». ² La esencia de esta dialéctica no dejaría de reiterarse durante la breve y accidentada trayectoria de la publicación. La revolución de los jóvenes había de hacerse sobre la base firme de una conciencia nacional, salvada de las manos de la vieja política y puesta a buen recaudo frente a la amenaza del separatismo y del marxismo. De forma creciente, la síntesis nacional y social pasó a expresarse en dos temas cruciales: la idea de imperio y

2. *La Conquista del Estado*, 1 (14 de marzo de 1931), p. 1.

la lucha contra el separatismo. El combate había de ser intransigente contra los adversarios de ese proyecto ideal para la juventud nacida en el siglo XX: junto al achacoso liberalismo, la amenaza de la disgregación nacional –y, por tanto, quiebra del proyecto imperial– que suponía el separatismo³ y la destrucción de la eficacia productiva y pérdida del espíritu patriótico que podían suponer la victoria del marxismo.⁴ La juventud había de movilizarse para hacer una revolución: al contrario de lo que pasaría con Primo de Rivera, Ledesma hizo un uso abundante de esta palabra. Revolución para imponer un Estado nuevo, jerárquico, totalitario, nacional e imperial, corporativo y sindical. Un Estado construido a través de la violencia, porque solo de esta forma podía entenderse el proceso de conquista del poder y solo de esta manera se legitimaba la acción política en el escenario de crisis surgido de la Gran Guerra.⁵

El fracaso de Ramiro Ledesma correspondió a la falta de ligamen entre el tipo de propuesta que se lanzaba en el semanario y las condiciones políticas del primer bienio republicano, en especial en lo que se refiere a la movilización de la derecha. Frente al impulso revolucionario y transversal de la juventud en un proyecto nacionalista y sindicalista, la España conservadora organizó sus bases huérfanas desde la crisis de la Restauración a través de la plataforma de Acción Nacional. Situado el conflicto fundamental del país en el conflicto entre el gobierno laico, reformista y autonomista, de un lado, y la opinión católica, reaccionaria y recelosa de cualquier riesgo para la unidad española, del otro, los llamamientos de *La Conquista del Estado* carecían de cualquier posibilidad de hallar eco en las juventudes movilizadas en ambos campos. El fascismo de Ledesma llegaba no demasiado tarde, cuando la opinión conservadora había buscado refugio en el tradicionalismo, en el alfonismo o en el populismo católico y agrario. Llegaba prematuramente, cuando la movilización antirrepublicana aún no había difundido una percepción de la alternativa entre revolución y contrarrevolución en su perspectiva más dramática. De todos modos, la evolución del propio Ledesma empezaría a doblegar el espíritu rupturista de su primera irrupción: la formación de las JONS en octubre de 1931 y los últimos cuatro números de *La Conquista del Estado* empezaron a mostrar ya un giro hacia actitudes menos propicias a un encuentro «de todos los subversivos» al estilo del sansepulcrismo fascista de comienzos de 1919. La unificación con el grupo de Onésimo Redondo acabó de sellar este compromiso, al arraigar desde entonces la mayor parte del pequeño partido en el núcleo vallisoletano y en las sólidas vinculaciones de sus dirigentes con el catolicismo político local.⁶

3. «El momento español. ¡Hispanos, frente a Cataluña!», *Ibid.*, 8 (2 de mayo de 1931), p. 1.

4. «La revolución en marcha. Comunismo, no. La revolución en marcha no debe detenerse hasta que se efectúe el hallazgo de la nueva eficacia hispánica», *Ibid.*, 10 (16 de mayo de 1931), p. 1.

5. «La revolución y la violencia», *Ibid.*, 11 (23 de mayo de 1931), p. 1.

6. El sentido de esta incorporación está ya perfectamente perfilado en el reciente libro de Matteo TOMASONI: *El caudillo olvidado. Vida, obra y pensamiento de Onésimo Redondo (1905-1936)*, Granada, Comares, 2017.

IV

El inicio del verdadero ciclo de fascistización se produjo a lo largo de 1933, el año que Ledesma proclamaba, de manera harto optimista, como «el año de las JONS». El «ingreso» en la política activa de Primo de Rivera y sus compañeros más próximos fue producto y manifestación de ese giro producido en un año crucial para la historia del fascismo europeo, marcado por el ascenso de Hitler al poder, pero también para la radicalización de la derecha española, en un impulso que se iniciaría en vísperas de la victoria electoral de 1933 y que culminaría en la Revolución de octubre del año siguiente. Esta fase dotaba de un nuevo escenario a la identificación de las fuerzas políticas en la República, y proporcionaba la indispensable movilización contrarrevolucionaria que fue precisa en todas partes para dotar de un campo de expansión y congruencia a los partidos fascistas. Razón tenía Ledesma cuando, seguramente pensando en sus propias vicisitudes, indicó a mediados de 1933: «de tal modo es oportuna y precisa nuestra tarea, que quizá hasta hoy hubiera resultado imposible lanzar a las gentes de España una tal consigna [la revolución nacional]».⁷ Como lo ha destacado Joan María Thomàs en su biografía de Primo de Rivera, solo podemos entender su evolución política viéndola en ese «hacerse fascista» que puede resultar de tanta utilidad para entender el proceso de fascistización a una escala más amplia.⁸ Tal proceso no se produce solamente en los sectores que se integrarán en la Falange previa a la Guerra Civil, sino que empaparà las percepciones de círculos culturales, asociaciones cívicas locales, publicaciones, áreas de partidos ya constituidos y una trama de experiencias sociales muy diversas, que incluyen aspectos tan disímiles como la participación en un banquete de homenaje a alguna figura del exilio o la colaboración en una campaña electoral. La decisión de optar por construir una organización fascista, sin embargo –y con una ostentación del nombre que había esquivado cuidadosamente el grupo de Ledesma y Redondo– era un paso muy importante, que nos indica la conciencia de un cambio de ritmo y de una alteración de rumbo al mismo tiempo, que exigía disponer de una fuerza específica, bien relacionada con los ambientes de la contrarrevolución alfonsina en algunas localidades españolas, pero dispuesta a ofrecer un flanco juvenil, dinámico, regeneracionista y en perfecta concordancia con lo que el fascismo europeo, y singularmente el italiano, estaba proponiendo como alternativa al orden liberal. Que de un «hacerse fascista» y de un proceso de conversión se trataba, nos lo indican los pasos iniciales del fundador de Falange en la política activa, en especial en su campaña en el equipo dirigente de la Unión Monárquica Nacional, al servicio de la que pronunció discursos de un corte reaccionario que en poco se distinguían de los realizados por quienes compartían tribuna con él, como Ramiro de Maeztu o

7. R. LEDESMA: «Nuestra revolución», *JONS*, 2 (junio de 1933).

8. J. M. THOMÀS: *José Antonio. Realidad y mito*, Madrid, Debate, 2017.

Esteban Bilbao. Tras la frustrada elección del otoño de 1931, para cubrir una vacante en las Cortes agrupando el voto de la derecha madrileña, el hijo del dictador permaneció al margen de la actividad pública, silencio que solo rompió en el proceso de responsabilidades a algunos de los colaboradores de su padre a fines de 1932. El regreso a la política se produjo en ese momento de impulso fascitizador y, además, de la mano de sectores muy concretos de la extrema derecha de la capital, como el director de *La Nación*, Manuel Delgado Barreto.

La propuesta de «fascismo español» de José Antonio Primo de Rivera suponía una ruptura aún muy limitada con estos sectores, lo cual habría de dar paso a ciertos malentendidos, desencuentros y escisiones en los meses posteriores. Los textos y discursos de 1933 eran severas críticas al Estado liberal por su propia naturaleza revolucionaria, no por el anacronismo que había denunciado Ledesma. Las referencias a una revolución española apenas aparecían, sustituidas por el llamamiento a que España recuperara su conciencia histórica y rompiera con los artificiales elementos de su división. La lucha por restaurar la unidad de la nación y darle un sentido trascendente, que enlazara con la sustancia católica y la realización imperial de la España en plenitud tenían mucha más importancia que los aspectos revolucionarios, laicos y de conquista del poder mediante la organización de un nuevo tipo de partido que había propuesto el jonsismo. Lo que se ofrecía desde la pequeña elite falangista era, para decirlo con las palabras de Sánchez Mazas, una «política de fundación», una propuesta de acuñar un nuevo modo de ser, un estilo de españolidad, una forma de vida ejemplar. No en vano, tras su discurso del Teatro de La Comedia el 29 de octubre de 1933, Primo de Rivera corrió a realizar su campaña electoral, incluida en una de las candidaturas más reaccionarias de las presentadas en el país en noviembre, y realizando discursos que poco tenían que envidiar a lo que se proclamaba por sus compañeros de lista, integristas o alfonsinos. La misma acogida al discurso fundacional de Falange es reveladora. Mientras Vegas Latapié lo veía como una aportación enriquecedora del nuevo impulso cobrado por la contrarrevolución en España, Víctor Pradera se quejó de la inutilidad de una fuerza política que solo repetía los lugares comunes del tradicionalismo en sus mejores y más significativos pasajes. Ramiro Ledesma afirmó, desde las páginas de su nueva revista *JONS*, que todo lo que hubiera de interesante en el discurso ya lo había proclamado su partido, y todo lo que había de malo en las compañías de Primo de Rivera señalaban muy bien la imposibilidad de realizarlo.⁹

A lo largo de los años 1933 y 1934, antes y después de una inevitable unificación –forzada, además, por el bloqueo en que se hallaban las *JONS* y por las presiones de los sectores alfonsinos que protegían a ambos partidos–, Ledesma y

9. [Eugenio VEGAS]: «Bandera que se alza», *Acción Española*, 40 (1 de noviembre de 1933), pp. 363-369; Víctor PRADERA: «¿Bandera que se alza?», *Ibid.*, 43 (16 de diciembre de 1933), pp. 643-651; [Ramiro LEDESMA]: «Circular para el Partido. Declaraciones ante un discurso», *JONS*, 5 (octubre de 1933), pp. 236-239.

Primo de Rivera plantearon las condiciones políticas y doctrinales para definir el lugar del fascismo en la recomposición de la contrarrevolución española. Ledesma orientó sus análisis en su nueva revista mensual haciendo especial hincapié en las cuestiones de orden estratégico, que apenas aparecían en los planteamientos de Primo de Rivera. El líder zamorano se empeñaba en llevar la propuesta original del fascismo jonsista al nuevo ciclo, revisando el radicalismo transversal de primera hora, para definir un horizonte más ajustado al conflicto entre nacionalismo regeneracionista y revolución marxista en que se hallaba España, con la inoperante actitud del liberalismo republicano, incapaz de ponerse a la altura de los tiempos y de convocar a las masas obreras o a la pequeña burguesía para resistir el riesgo disolvente del comunismo. Lo que siempre distinguió a Ledesma de Primo de Rivera fue la confianza en la posibilidad de construir un movimiento de masas, cuya dirección correspondía a un partido-milicia, una vanguardia consciente de que la única vía de resistencia al marxismo era la de la violencia, del mismo modo que solo mediante la violencia podría sostenerse un Estado totalitario. El objetivo de la Revolución nacional era devolver una conciencia nacional a los españoles y destruir a quienes habían atacado los valores propios de la nación aprovechando la crisis de una monarquía que ya no los representaba. De este modo, un Ledesma que había afirmado su indiferencia ante el cambio de régimen en 1931 pasaba a verlo ahora como producto de la acción de sectores disolventes, antinacionales, que dejaban a España indefensa frente a la barbarie comunista. Y, aunque se expresaba el rechazo de la derecha y de la izquierda, las únicas fuerzas que se analizaban para considerar una posible alianza o una captación de sus bases eran los sectores tradicionalistas y el populismo católico. Ledesma proponía como objetivos de la revolución la construcción de Estado nacional, la eficacia organizativa de un partido de vanguardia con línea de masas, y la realización de un orden sindical que frustrara el crecimiento del socialismo y diera fuerza y cohesión a la economía española. Pero estos objetivos no se ofrecían ya solo a las juventudes convocadas inútilmente en 1931, sino a aquellos sectores de la pequeña burguesía que se sintieran defraudados por la inoperancia del republicanismo: las clases medias productivas, universitarias e intelectuales eran la base vertebradora del fascismo, y el vaciado de las organizaciones de la derecha habían traicionado «el deber en que se hallaban de favorecer la presencia de una nueva política, del tipo carácter de la que hoy aparece en todo el mundo como triunfal y victoriosa».¹⁰

La confianza en la movilización de las masas de Ledesma siempre contrastó con el escepticismo que en este aspecto manifestó Primo de Rivera. Del mismo modo, el voluntarismo del fundador de las JONS se enfrentaba al desprecio de Primo de Rivera por cualquier forma de romanticismo político o cultural. La revolución del falangismo joseantoniano consistía en utilizar los dispositivos

10. «¡Ni democracia burguesa ni marxismo!» *JONS*, 1 (mayo de 1933), pp. 3-6.

modernos del fascismo para organizar un Estado totalitario al servicio de una idea permanente de España. Idea forjada en los momentos de plenitud imperial, que encontraba ahora, tras siglos de decadencia y desvío, la posibilidad de establecer de nuevo las verdades profundas, categorías de la razón y no de la voluntad, sobre las que se construía una comunidad política y un orden moral. En su proceso de formación como líder de una fuerza fascista, Primo de Rivera deseaba destacar siempre su desprecio de los nacionalismos sentimentales y demagógicos, surgidos de un concepto nefasto de la soberanía popular y del sufragio universal. La patria no era la defensa de un espacio físico concreto, ni siquiera el entusiasmo por las características actuales de una cultura popular. La patria irrevocable de José Antonio era una unidad de destino en lo universal, la búsqueda de la restauración de una España plena y esencial, no existencial o circunstancial, que podría rastrearse mejor en las condiciones de desorientación y restauración de la crisis del siglo XX. La unidad de destino «catolizaba» la propuesta orteguiana de un «vivir juntos para hacer algo juntos». Y se acoplaba a lo que ya ha sido mencionado como el peso de Sánchez Mazas, mayor y más directo que el que pudo ejercer Giménez Caballero en la formación intelectual del nacionalismo imperial joseantoniano.¹¹

V

En los discursos de Valladolid del 4 de marzo de 1934, fecha formal de la unificación entre FE y JONS, las diferencias entre Ledesma y Primo de Rivera iban más allá de las fronteras de un estilo personal. Representaban la voluntad de ambos de subrayar su forma de entender el carácter del partido unificado. Primo de Rivera hizo una de sus intervenciones más conservadoras, evocadora de paisajes, cielos absolutos castellanos y memoria del emperador Carlos. Ledesma tuvo que reproducir la suya en la revista *JONS*, con sus referencias constantes a la revolución, a las masas y a la violencia. En realidad, en los dos casos se trataba tanto de una afirmación de identidades propias como de esfuerzos por aproximarlas a la construcción de una primera síntesis nacionalsindicalista. Si ya se ha visto que el lenguaje de Ledesma relataba un claro giro hacia la búsqueda de una base social en la recomposición del espacio de la derecha antirrepublicana, el discurso de Primo de Rivera fue radicalizándose o, por lo menos, tratando de hallar un perfil más preciso y singular alejándose de ser una faceta del monarquismo autoritario originado en la dictadura. A esta evolución corresponde la ruptura con los hermanos Ansaldo en el verano de 1934, el rechazo a la militancia en Falange de Calvo Sotelo y la primera exposición parlamentaria del concepto de

11. Maximiliano Fuentes Codera: *Un viaje por los extremos. Eugenio d'Ors en la crisis del liberalismo*, Granada, Comares, 2017, pp. 198-206.

la «revolución pendiente» realizada en la sesión del 6 de junio de ese año. La asunción de la proclamación de la República como un acto esperanzado cargado de potencialidad y de ilusión poco tenía que ver con la consideración del republicanismo liberal como un asunto anacrónico de Ledesma, pero tampoco se ajustaba al integrista monárquico en el que se había movido Primo de Rivera en la transición hacia el nuevo régimen. La revolución española fue defendida, desde entonces, como el producto de sucesivas frustraciones, de «revoluciones parciales» que no habían conseguido reunir en un solo proyecto la aspiración nacionalista y la ambición de justicia social. Con todo, tales afirmaciones joseantonianas no fueron acompañadas del diseño de una estrategia política precisa, y su acceso a la jefatura nacional de FE de las JONS en octubre de 1934 no cambió las cosas. En los dos últimos números de la revista *JONS*, en mayo y agosto, justo en el momento de la crisis interna y en la convocatoria del I Consejo Nacional, Ledesma había mostrado su insatisfacción por las carencias de análisis estratégico del partido, lo que significaba, a sus ojos, disponer de una actitud revolucionaria en sentido estricto. Para Ledesma, en efecto, la revolución no era una simple aspiración retórica, una línea poética que separaba a la vieja extrema derecha del nuevo falangismo: la revolución era la organización del cambio revolucionario.¹²

El resultado del I Consejo Nacional ya resultó doloroso para Ledesma en lo que afectaba a la elección de una Jefatura Nacional individual, en especial tras la desconfianza sobre el liderazgo de Primo de Rivera que siempre había sentido, y que se manifestó con especial acritud y lucidez al publicar *¿Fascismo en España?* un año más tarde. Pero lo que colmó los límites de su paciencia fue que la parálisis estratégica definida en la revista *JONS* se pusiera de manifiesto de un modo tan obvio cuando el nuevo jefe nacional fue incapaz de encarar de forma realista, con identidad propia y con sentido del riesgo, la coyuntura revolucionaria de octubre de 1934: el separatismo, la revolución social y la ineptitud del republicanismo radical y la CEDA para oponerse a ellos ofrecían a FE de las JONS una oportunidad incomparable a ojos del dirigente zamorano. Y, en todo caso, lo que correspondía era marcar el perfil miliciano de los fascistas, en lugar de sumergir su actividad en una defensa común del orden público, acompañada de desmedidos elogios a la estatura de hombre de Estado de Alejandro Lerroux.

Primo de Rivera adquirió rápida conciencia del cambio que aquella crisis implicaba. Y, aunque no de una oportunidad perdida, sí de la necesidad de que su acceso a la jefatura nacional se acompañara del trazado de un perfil propio para Falange, que debía anteceder a la propuesta de una estrategia consciente de la debilidad del partido, pero también asumiendo la aceleración política que se estaba dando y las perspectivas propicias de un cambio de escenario en el país para una fuerza cuyo dinamismo, populismo, mística juvenil y entrega a una

12. «Examen de nuestra ruta», *JONS*, 10 (mayo de 1934), pp. 97-101; «Los problemas de la revolución nacional-sindicalista», *Ibid.*, 11 (agosto de 1934), pp. 145-149.

militancia de choque podían adquirir progresiva congruencia con la percepción de una crisis nacional de gran magnitud, que solo se resolvería por la fuerza de las armas. A la primavera de 1935 correspondieron los discursos y conferencias de Primo de Rivera en los que se definía de nuevo la «revolución española», inserta en la encrucijada de crisis de civilización, y comprendida históricamente como un paso más en la alternativa entre edades de plenitud clásica y tiempos de transición que amenazaban con la barbarie, pero que también podían prometer la regeneración.¹³

En el II Consejo Nacional de noviembre de 1935, las posiciones doctrinales de Primo de Rivera pasaron al ámbito de una posición política tomada en la coyuntura precisa en que se hallaba el país, y contando con la correlación de fuerzas y definición de campos antagónicos de la fase terminal de la República en paz. El Consejo fue, en este sentido, el tiempo de mayor madurez política falangista, el área culminante de su evolución hacia la constitución de un verdadero partido fascista, dispuesto a pelear por la hegemonía en la constitución de un movimiento nacional en vísperas de la gran confrontación armada en que iba a consistir la toma del poder. El discurso, y los que le siguieron en la campaña electoral posterior, reiteraba la presentación de Falange como la superación de dos espacios neutralizantes y como el símbolo e instrumento de la síntesis que dejaba atrás las contradicciones insolubles entre tradición y modernidad, entre valores nacionales y justicia social, entre el ideal del imperio católico y la construcción de un Estado totalitario propio del siglo XX. Pero todo ello se hacía sin mostrar equidistancia entre los adversarios definitivos en aquel ciclo de la historia española. Se planteaba como oferta a una de las partes, como Frente Nacional que debía ser alternativo a una mera agrupación de las derechas como en 1933, pero sobre todo valladar e instrumento de aniquilación de lo que representaba el Frente Popular.

A este Primo de Rivera mucho más pragmático, que luchaba contra la escasez de tiempo de la que ya había advertido Ledesma en vano en la primavera de 1934, correspondió completar sus llamamientos a un golpe de estado militar y sus esfuerzos por llegar a algún punto de encuentro con Gil Robles con el desesperado afán por conseguir un acuerdo electoral que permitiera la necesaria visibilidad institucional de Falange. Sobradamente conocido es el fracaso de la tentativa. Y, de forma singular, la eliminación del partido del parlamento y su más que modesto resultado en las elecciones de 1936. Un resultado que debe contemplarse, de todas formas, más que como prueba de la fragilidad del falangismo, como resultado de una polarización en la que tuvieron un papel decisivo

13. «España y la barbarie», *Arriba*, 1 (21 de marzo de 1935), p. 4; «Ante una encrucijada en la historia política y económica del mundo», *Arriba*, 4 (11 de abril de 1935), pp. 6 y 14; el discurso sobre la revolución española del 19 de mayo, en *Arriba*, 10 (23 de mayo de 1935), pp. 4-6.

el sistema electoral, la esperanza puesta en la victoria del Frente Antirrevolucionario y la desorganización en que aún se encontraba el partido.

A lo largo de 1935, un Ramiro Ledesma que había errado profundamente en su análisis de la agonía del falangismo, y que había sobrevalorado sus posibilidades de llevar a unas JONS refundadas a la organización de Valladolid, al SEU y a las CONS, se limitó a una breve tarea propagandista en las páginas de *La Patria Libre*, y a la redacción de dos textos capitales en la historia del pensamiento fascista español: *Discurso a las juventudes de España* y *¿Fascismo en España?*, ambos publicados con el sello espectral de Ediciones de La Conquista del Estado. Posiblemente se encuentre en el primero de los libros el mejor análisis de lo que para el conjunto del fascismo español –y no solo para Ledesma– suponía la interpretación de la historia nacional que desembocaba en la crisis republicana y en el atisbo claro de una revolución que solo podía ser, simultáneamente, madre e hija –como la Virgen María cantada por Dante en el último Canto de *La Divina Comedia*– de la Guerra Civil. En el segundo, la crónica de la fascistización española firmaba el que sigue siendo uno de los mejores análisis de los conflictos internos del nacionalsindicalismo. Análisis que terminaba elogiando el paso de Primo de Rivera a una radicalidad doctrinal que no esquivaba la necesidad del realismo político: la calificación de Falange como fuerza «fascistizada» no era una malévolamente venganza de Ledesma, sino una lúcida calificación de esa visión del fascismo como proceso que incluía también a quienes habían constituido al partido que podía pretender representar a todo el fascismo español, aunque apuntara, en las versiones más ambiciosas del Frente Nacional, a considerar las cosas de otra forma. El verano de 1936 proporcionaría los primeros resultados de una siembra prolongada y diversa, una cosecha de convergencias políticas y culturales que, como en todas las experiencias europeas, darían su consistencia histórica a la realización del fascismo.

.....
FERRAN GALLEGÓ (Barcelona, 1953) es profesor de Historia Contemporánea en la Universitat Autònoma de Barcelona. Su investigación se ha centrado en el estudio del fascismo alemán y en el nacionalsindicalismo español durante la Segunda República. En este último campo destaca su libro *El evangelio fascista. La formación de la cultura política del franquismo (1930-1950)*.